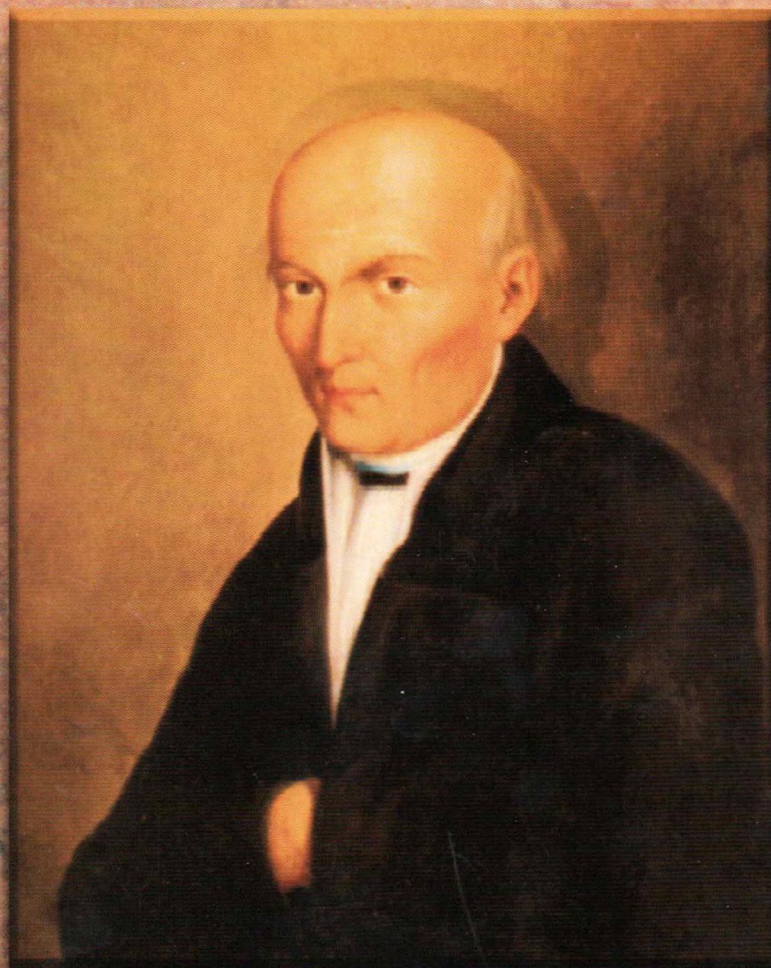


MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

1753-1811

NICOLÁS RANGEL



EDICIÓN CONMEMORATIVA
"AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA,
PADRE DE LA PATRIA"
AÑO 2003

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA
1753-1811

Nicolás Rangel

EDICIÓN CONMEMORATIVA
"AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA,
PADRE DE LA PATRIA"
AÑO 2003.

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO



GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Lic. Juan Carlos Romero Hicks

SECRETARIO DE GOBIERNO

Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

SUBSECRETARIO DE GOBIERNO

Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURÍDICOS

Lic. Rosa Maria Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL

Mtro. Isauro Rionda Arreguín

Coordinación

Isauro Rionda Arreguín
Susana Rodríguez Betancourt

Apoyo en revisión de textos

Cristina Valtierra Rivera
Georgina Sosa Alvarez

Captura del texto

Juana Andrade Moctezuma

Primera edición 1930
Segunda edición 1995
Tercera edición 2002

Gobierno del Estado de Guanajuato

Nicolás Rangel

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA
1753-1811

Al ocuparme de los estudios literarios de los principales caudillos insurgentes, natural es que trate, en primer lugar, del Padre de la Patria, al lado del cual se destaca las personalidades de los demás héroes mexicanos de aquella cruenta lucha. Y cábeme el placer y el orgullo, muy legítimo por cierto, de poder contribuir con no escaso contingente, a la depuración del erróneo concepto acerca de la mentalidad de Hidalgo. Porque, si el número de personas que lo han estudiado ampliamente, reconocen en él a un apóstol y a un vidente, a un varón de sólidos y profundos conocimientos, para la generalidad no es sino un cura del pueblo, sin más instrucción que la muy precisa para ser pastor de lamas, con tal cual estudio de artes e industrias, que implantara más tarde en su curato de Dolores.

La opinión equivocada que de la ilustración de Hidalgo se tenía, débese en gran parte a sus contemporáneos, los que, por cuestiones de partido los unos, y por ligereza los más, nos legaron un falso retrato intelectual del iniciador de nuestra emancipación. El doctor Francisco Severo Maldonado, director del periódico insurgente "*El Despertador Americano*", después de indultarse y a poco tiempo de haber defendido la causa de la libertad, escribía en el periódico realista "*El Telégrafo de Guadalajara*":

"Hidalgo, cuyo saber se reducía nada más que a un poco literatura de colegio, a la teoría de la música, de Rameau, ilustrada por D' Alembert, de lo que hacía gran vanidad, y a algunas nociones del arte de alfarero, metido a jefe de la insurrección de esta América quiso *invita minerva*, hacer del político y pronunciar oráculos sobre el destino de las naciones". Esto decía Maldonado en agosto de 1811.

Los ilustres jesuitas criollos, Clavijero, Abad, Alegre, habían introducido reformas trascendentales en el estudio de la filosofía en los colegios de la Compañía de Jesús, establecidos en Valladolid, Zacatecas y Guanajuato. Clavijero desempeñó la cátedra de Artes en el Colegio de San Francisco Javier, de la ciudad de Valladolid, implantando las reformas que intentó introducir en el de San Ildefonso, de esta capital, para lo que escribió un tratado de filosofía moderna. En aquel colegio y con el método implantado por Clavijero, recibió Hidalgo los conocimientos que le sirvieron de sólido fundamento para ulteriores estudios. El padre José Antonio Borda fue su primer maestro; y lo hubiera sido hasta el fin del curso de Artes, si no hubiera marchado al destierro con sus hermanos en religión, en 1767. Cuatro meses después de la expulsión de los Jesuitas, siguió el curso en el colegio de San Nicolás, habiéndolo terminado el 4 de febrero de 1770. Después vino a la Universidad para recibir el grado de Bachiller en Artes; y previo el examen y aprobación hechos por el doctor y maestro don José Serruto, lo recibió el 30 de marzo del mismo año.

En el libro de "Certificación de los estudiantes de fuera de esta ciudad", consta que Hidalgo estudió en su colegio un curso, un mes y un día la cátedra de Moral con el bachiller Felipe Guzmán; y dos cursos y cinco meses en la de Teología Moral con el licenciado Francisco Antonio Cano; y según certificación de los bachilleres José Antonio Villaseñor y José Ignacio Basurto y Aguilar, hizo y dijo diez leccioncillas de media hora con término de veinticuatro, sobre el *Maestro de las Sentencias*. El rector del colegio de San Nicolás hizo constar, por último, que Hidalgo completó cuatro cursos de Teología Escolástica, con lo que, y la certificación jurada de sus compañeros de estudio, bachilleres José Ignacio Napal y José Joaquín Hidalgo, su hermano, recibió el grado de Bachiller en Teología el 24 de mayo de 1773. Es pertinente anotar aquí, según reza el libro de "Substituciones de Cátedras

y Lugares”, de 1724 a 1730, que Hidalgo ocupó, invariablemente, el primer lugar en sus clases.

Véase ahora las cátedras que desempeñó en su colegio y los cargos honorosísimos que ocupó en el mismo centro docente. El 15 de febrero de 1782, expidió un certificado, por el que consta que leyó un curso completo de Artes, desde el 18 de octubre de 1779 hasta 14 de febrero de 1782. El 13 de abril del mismo año, informa como testigo, jurando *tacto pectore in verbo sacerdotis*. Con toda verosimilitud puede asegurarse que en las témporas de ese año, vino a recibir las órdenes sacerdotales. Alamán dice que por los años de 1778 a 79; pero con el descubrimiento de este documento, sabemos ya que recibió el presbiterado en 1782. En agosto de este año ocupó, como sustituto, la cátedra de Prima de Sagrada Teología, y al siguiente la desempeñaba aún.

En marzo de 1787 era catedrático propietario de Teología Escolástica y vicerrector del colegio. En el mismo año firma también como Secretario y Tesorero. Estos cargos los desempeñó hasta 1789; y al año siguiente firma como catedrático propietario de Teología Escolástica, sustituto de Moral y Rector.

En 1788 fue propuesto por el virrey don Manuel Antonio Flores para las sacristías de Tzintzuntzan y Apaseo; y en 1791 fue padre sacristán de la parroquia de Santa Clara de los Cobres, hoy Santa Clara de Portugal, en el Estado de Michoacán, sin que por eso deje de firmar como catedrático propietario de Prima de Sagrada Teología, rector y colegial Real de Oposición en el Real y Primitivo Colegio de San Nicolás Obispo, de Valladolid.

A principios de febrero de 1792 fue nombrado Cura interino de Colima; y en 18 de diciembre del mismo año, “presentó su Excelencia al Beneficio Curado de la villa de San Felipe, obispado de Valladolid de Michoacán al licenciado don Miguel Hidalgo, presentó certificaciones.- Orizaba.- Rúbrica”. El acucioso doctor José M. de la Fuente, en su obra “*Hidalgo Intimo*”, dice: “En 1803 convinieron los dos hermanos Hidalgo y Costilla, don Joaquín y don Miguel, en permutar sus curatos, y así fue como don Miguel pasó al de Dolores el día 3 de octubre de ese año, y no por muerte de don Joaquín, como dicen Alamán y los autores que lo copian”. Y en una nota agrega: “En el libro de Providencias de la parroquia de Dolores existe una “razón” por la que consta esta permuta. “El último documento que encontré referente al Padre Hidalgo, o más bien, a su hermano don Joaquín, es la carta que el licenciado Manuel Hidalgo Y Costilla remite al Rector de la Universidad, don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, tío de la heroína Leona Vicario, avisándole que el 19 de septiembre de 1803 murió el Cura propio de Dolores, doctor don Joaquín, su hermano, pasando a ocupar el curato vacante el Padre de la Patria, y no por permuta, como asienta el doctor de la Fuente.

Hasta aquí por lo que se refiere a los estudios universitarios y a los cargos desempeñados por Hidalgo. Advertiré, de paso, que de los documentos ológrafos o con firmas autógrafas, en unos aparece: brigadier Miguel Hidalgo; en otros, brigadier Miguel Hidalgo y Costilla; brigadier Miguel Antonio Hidalgo y brigadier Miguel Antonio Hidalgo y Costilla; pero lo comúnmente usado es brigadier Miguel Hidalgo y Costilla.

Veamos ahora si las actividades intelectuales de aquel varón, que desde la época de estudiante desempeñó con aplauso, desde las cátedras de Latinidad y Elocuencia, hasta las de Teología, introduciendo en éstas innovaciones que merecieron cálidos elogios de sus contemporáneos, y ocupó y desempeñó con acierto la Secretaría, Tesorería, Vice rectoría y Rectorado del Real y Primitivo Colegio de San Nicolás de Valladolid, acaso el primero de la entonces Nueva España; veamos, repito, si una vez que hizo tan brillante carrera literaria, se concretó sólo a la administración de las parroquias que le encomendara la Diócesis de Michoacán.

No era posible que Hidalgo se consagrara exclusivamente a las atenciones parroquiales de su feligresía; tiempo le quedaba para dedicarse con fruto a la lectura de obras de ciencias y artes y a las filosóficas de los enciclopedistas del siglo XVIII, cuyos libros estaban prohibidos por la Inquisición, lo que no impidió que circularan subrepticamente en manos de eclesiásticos y civiles. El obispo Abad y Queipo no tenía licencia para esa lectura, y fue uno de los cargos que los Carmelitas de Valladolid hicieron en su contra en la Inquisición. Hidalgo también fue denunciado por el fraile crucífero de Querétaro, Diego Miguel Bringas y Encinas. Ignoro si el Intendente de Guanajuato, don Juan Antonio de Riaño, merecía las censuras del Santo Tribunal, pues es un hecho bien conocido, que profesaba ideas avanzadas y que dispensaba amplia protección a sujetos como José Antonio Rojas, procesado por el Santo Oficio, por adicto a las opiniones de la escuela filosófica de aquel siglo, quien después del autillo y reclusión a que fue condenado, logró fugarse y pasar a Nueva Orleans, donde publicó varios escritos, en los que describe las excelencias de la libertad de que gozaba aquel pueblo.

Hidalgo poseía una no copiosa pero si selecta biblioteca. Sus obras favoritas eran: Cicerón, Serry, el Abate Andrés, Calmet, Historia Antigua de México, por Clavijero, en italiano; Lecciones de Comercio y Economía Civil. De Antonio Genovesi, en italiano; Historia Eclesiástica, de Fleury, obras de Molière, obras de Racine, ésta y las anteriores en francés; Rollin, Buffon, Bossuet, Baseri y la Enciclopedia, todo en francés. Estos libros los leía constantemente; y de las tragedias de Racine hizo traducciones, así como de las comedias de Molière, haciendo representar en su curato de San Felipe Torres Mochas "*El Tartufo*", obra que condenaba los vicios de la aristocracia de Francia, reyes, condes, duques, canónigos, y que por medio de la sátira prepararía el advenimiento de la Revolución Francesa. En sus frecuentes viajes a Guanajuato, ensanchaba sus conocimientos, consultando las ricas bibliotecas, según Alamán, del cura Labarrieta, en cuya casa se alojaba; la del Intendente Riaño y las de algunos particulares, que les poseían muy selectas.

Siempre procuró Hidalgo el trato de personas cultas, afines con sus ideas progresistas y sus gustos literarios. De éstas, las que con más frecuencia tenía oportunidad de comunicarse en Guanajuato, eran el obispo electo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo; el Intendente Riaño, el cura Labarrieta y los jóvenes catedráticos e ingenieros de minas, la mayor parte salidos del Colegio de Minería y sujetos todos ellos de ideas bastante avanzadas y amantes de la libertad.

Abad y Queipo, hijo ilegítimo de Queipo de Llano, conde de Toreno, célebre estadista, diplomático y político español, hizo en su Patria una excelente carrera literaria.

Poseía amplísimo criterio para juzgar del atraso de España y sus colonias e indicaba los más acertados remedios para mejorar aquélla y éstas. Su gusto por la bella literatura era bien conocido, así como por todo lo que significara adelanto y progreso para este país.

Don Juan Antonio de Riaño vino a México acompañando del conde de Gálvez, su concuño, y ocupó la Intendencia de Michoacán el 17 de enero de 1787, empleo que desempeñó con acierto, durante su permanencia en Valladolid, visitó el volcán de Jorullo, lo examinó personalmente e hizo una descripción de él. En esa excursión lo acompañaron don Francisco Ficher, comisario de Minas por su Magestad, Ramón Espelde, el padre Sebastián Legorburu, don José Marroquín y el operario alemán don Samuel Schroeder. (Gaceta de México, de 5 de mayo de 1789). Al año siguiente acompañó a la expedición botánica de Nueva España, a Cuincho, lugar de su Intendencia, para analizar las aguas de ese lugar. Y dondequiera que se tratara de algún adelanto científico, acudía Riaño para estimular a los sabios en sus investigaciones, a la vez que nutría su intelecto y satisfacía una necesidad como hombre culto que era.

De su gestión gubernativa y altamente civilizadora en la Intendencia de Guanajuato, el testimonio de uno de los jóvenes de entonces, don Lucas Alamán, su discípulo distinguido, es interesante. El retrato que de él nos ha dejado, es de mano maestra. "Riaño, dice, de genio alegre y afable, había servido en la marina y a los conocimientos de matemáticas y astronomía propios de aquella carrera, unía el cultivo de la literatura y de las bellas artes, con lo que introdujo el gusto de éstas en Guanajuato y en especial el de la arquitectura; por su influjo se levantaron no solo en la capital, sino en toda la provincia, magníficos edificios, cuya construcción inspeccionaba él mismo, enseñando hasta el corte de las piedras a los canteros: fomentó el estudio de los clásicos latinos y los buenos escritores españoles, debiéndosele el cultivo de la lengua castellana y la correcta pronunciación que hizo tomar a todos los jóvenes de Guanajuato de aquel tiempo. Como en el interior de su familia se hablaba francés, que era la lengua de su esposa, introdujo entre la juventud de aquella capital la afición a este idioma y el cultivo de su literatura, con una elegancia de trato que no era conocida en otras ciudades de provincia: a él se le debió la afición al dibujo y a la música, el cultivo de las matemáticas, física y química en el colegio que había sido de los Jesuitas, para lo que protegió con empeño a don José Antonio Rojas, catedrático de Matemáticas en aquel colegio y alumno del de Minería; estableció un teatro, fomentó el cultivo de los olivos y viñas y tuvo el mayor empeño en impulsar el trabajo de las minas, ramo principal de la provincia, haciendo que entre los vecinos acaudalados de Guanajuato, formasen compañías para el laborío de las minas abandonadas y de otras nuevas".

El cura doctor don Antonio Labarrieta, había hecho una carrera literaria rápida y brillante; de carácter independiente, aunque muy sociable, dio muestras de valor civil y de rectitud de miras en el informe que, a petición del virrey Calleja, rindió acerca de la labor política y militar de Iturbide, como comandante general de la Provincia de Guanajuato, informe que fue asaz desfavorable para el jefe del Ejército Trigarante. Como el obispo y el Intendente, el doctor Labarrieta fue amante del estudio de los clásicos, de la bella literatura y de las ciencias y las artes.

Además de las personas de calidad ya mencionadas, Hidalgo trataba a lo más granado de la sociedad de Guanajuato. Durante sus largas y frecuentes visitas a aquella ciudad, comía invariablemente en la casa del Intendente, existiendo un trato íntimo entre ambos.

He creído conveniente hacer hincapié en estos detalles, porque ellos dan clara idea de las distinciones que recibía el Padre Hidalgo. Cuando las jerarquías sociales eran observadas con nimia escrupulosidad, ocupando, aun en los estrados familiares, el lugar que a cada uno le correspondía, es de una elocuencia bastante significativa que el párroco del pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, en el obispado de Michoacán, ocupara un sitio en el mismo canapé en el que se sentaban el Intendente y su obispo. Y esta distinción era concedida únicamente al talento e ilustración de Hidalgo y a la comunión de principios y finalidad de gustos literarios de aquellos tres sujetos tan cultos.

Si Hidalgo se hizo querer y respetar de los hombres de valía, entre los feligreses de los diversos curatos que administró, gozaba de universales simpatías, sobre todo en la clase indígena, cuyo idioma conocía, y siempre tuvo abierta la bolsa para atender a sus necesidades.

A medida que estudio a Hidalgo, que tengo idea exacta de sus profundos y sólidos conocimientos, de su ilustración tan vasta y poco común para su tiempo, me afirmo más en la creencia de que solo él, de todos los que tomaron parte en la Revolución de Independencia, era el más apto, el de carácter más inflexible y recto y el único que pudo ser conductor del pueblo que luchó por la libertad.

Nada mejor para terminar este pequeño estudio de Hidalgo, que transcribir el juicio crítico del historiógrafo español don Angel Salcedo Ruiz, tomado de la obra "*Historia de España. Resumen crítico*".

" Hidalgo sabía francés, cosa rara en el clero de su tiempo, y por eso, sin duda, se dedicó a la lectura de los enciclopedistas, entonces a la moda, lo que debió ser causa de que en 1800, siendo cura de San Felipe, en México, la Inquisición le procesase; pero el proceso no siguió adelante y, efectivamente, aquellas lecturas no dejaron en el ninguna huella por lo que se refiere a la ortodoxia, de cuya pureza fue siempre celosísimo; a lo sumo tomó de los precursores de la Revolución Francesa la doctrina del derecho de los pueblos a constituirse por sí mismos y darse el gobierno que les parezca, para justificar su anhelo instintivo y sentimental de criollo contra los gachupines, que, según él, como según todos los de su casta, no iban a México sino a explotar el país, disfrutando los mejores beneficios y empleos o ejerciendo el comercio, mirando por encima del hombro a los naturales, aunque fuesen de tan buena o mejor sangre española y más instruidos y más educados que ellos y hasta contribuyendo a la desmoralización con sus amancebamientos y el dejar allí hijos naturales abandonados cuando regresaban a la Península. Hidalgo era creyente, piadoso, probo, muy caritativo y espléndido; sus feligreses lo adoraban; empleaba las cuantiosas rentas de su curato, no solo en socorrer a los menesterosos, sino en obras de tan gran utilidad pública como propagar el cultivo de la viña, de la morera, de las abejas, establecer una fábrica de loza, hornos para ladrillos, pilas para curtir pieles, etc. Pero lo que más realza el carácter moral de este párroco, que odiando tan desafortadamente a los

españoles establecidos en México no hacía sino abandonarse al instinto de nuestra raza española, tan regionalista y pueblerina que aborrece al forastero y hasta al de otra parroquia que la suya, es que al lanzarse a la empresa separatista que su espíritu estrecho consideraba salvadora para la Patria, conocía muy bien el peligro a que se exponía y en que pereció. Se resistió mucho a entrar en la conspiración, diciendo a Allende, que le brindaba con el primer puesto: "*Los autores de esas empresas no gozan de ellas*". Pero cuando se decidió, fue al más resuelto, y en la noche del 15 de septiembre, Allende, Aldama y Abasolo sabedores de que la conjura estaba descubierta, sólo pensaban en esconderse y huir, mas Hidalgo, contra quien no había pruebas y que, por tanto, no corría ningún peligro, echó el cuerpo adelante como un hombre".

IMPRESO EN TALLERES GRAFICOS
DEL GOBIERNO DEL ESTADO



Guanajuato

D. Juan A. Herrera copió en 1840.
Del original que pintó D. Francisco
Luchaurregui, en 32 aro, en Guanaj.
el día 8. de Octubre de 1310.